

CAPITULO DECIMO.

EL BAILE.

I.

El 29 de Junio de 863, es decir, á los veinte días de la ocupación de México por la revolución intervencionista, la oficialidad francesa daba un baile á la sociedad conservadora.

En el tocador de la señora de Fajardo se encuentra el diplomático vestido á la rigurosa moda que reinaba en el año de gracia de 1830.

La casaca que había mandado ensanchar al sastre á quien alquilaba la accesoría perteneciente á su casa, era su caballo de batalla.

La casaca era azul, con palmas de oro y lentejuela en el cuello, puños y cintura, teniendo bordados unos carcajes en los remates de los faldones.

Botones de águila y vivos de oro. Por el costado izquierdo salía un pedazo de cuero blanco, llamado *vericú*, donde el diplomático había colocado un espadín de puño de concha y vaina de metal amarillo.

Su pantalón era blanco con franjas de oro.

El señor Fajardo no había introducido innovación alguna en el corte de su ropa, así es que la casaca era rabona, el calzón muy ancho y zancón en extremo, y la bota de charol.

La camisa era primorosamente cosida, podría rivalisar con una de esas servilletas de los conventos de monjas.

Unos puños de cambray encarrujados salían de la manga del uniforme.

El cuello blanco como la nieve; pero tan grande, que más bien parecía sudario que cuello de camisa.

La corbata representaba pieza y media de bretaña y dos libras de almidón.

La peluca estaba arreglada desde la víspera con una peinetilla nueva.

El *gorro montado* se ostentaba sobre la mesa como un pavo real.

Era un sombrero de tres picos en una asta bandera, que tal parecía aquella pluma blanca que el diplomático hacía mover con mucha gracia á los sacudimientos de la cabeza.

Un bastón con borlas completaba el arreo del señor Fajardo

La cara relucía como una pantalla.

II.

Doña Canuta, desde las cuatro estaba peinada y completamente vestida, esperando las nueve de la noche.

La infeliz señora se había puesto en su traje y tocado cuanto existía en su casa y que pudiera acomodarse racional ó irracionalmente.

Llevaba unos copetes exajerados, sobre uno de los cuales se tendía una pluma verde que remataba en la oreja del lado opuesto.

La castaña le bajaba en rizos hasta la espalda, cubiertos de flores y guías. Parece que la señora había querido representar un tejado de cenador ó un kiosco de Tívoli.

Los aretes largos de brillantes montados en plata, como los de las imágenes de los pueblos.

Una cadena de oro en forma de cinta con un broche de corazón, caía hasta su cintura, donde se veía un reloj de oro, como una joya de testamentaria.

Doña Canuta llevaba un traje color de paja, con vuelta del tiempo del Golpe de Estado de Comonfort.

Una crinolina abultada, y más corta que el traje, hacía que el remate de éste se volviera hacía dentro, dándole vista á los zapatos blancos con medias de la *patente* y cáligas, que en otra época habían vuelto loco de amor al diplomático.

Doña Canuta llevaba sobre el seno un ramo con flores artificiales de todas las estaciones, atado con lazos amarillos.

Los guantes le llegaban á la mitad del brazo, como unas manoplas de dragón; y sobre el guante y en el dedo índice, llevaba una sortija de brillantes que había recibido la noche de sus bodas con el señor Don Modesto.

III.

El matrimonio Fajardo estaba impaciente, por que Luz ni aun comenzaba su tocado.

Los Fajardos tenían razón, estaban ya dispuestos, y ni la noche ni su hija aparecían.

—Estamos bien, esposa mía, estoy satisfecho de nosotros mismos, la diplomacia echa sus frutos por donde quiera que pasa.

—Estás como conviene á un verdadero *notable*, contestó Doña Canuta.

—Esa junta me trae inquieto, si piensa ya en la *monarquía*, tú sabes que yo soy fanático por los tronos, las republiquetas no están en mi programa.....Estos demagogos nos aturden con su república romana. Véamos lo que era aquella demagogia.

—*Bruto*, haciendo brutalidades, como la de azotar á sus hijos; yo estoy seguro de que tú no permitirás que yo azotase á Luz.

—Imposible, caballero, aunque fuera usted muy *romántico*.

—Ramano se dice, esposa mía.

—Dá lo mismo, en Sombrerete, que es mi cuna, así les llamamos.

—Yo respeto, dijo el señor de Fajardo, los usos y costumbres de Sombrerete, pero ese derivado me parece inconveniente. En tiempo de los emperadores romanos, continuó con énfasis, todo era lógico; se me dirá que Calígula nombró cónsul á su *caballo*, estoy seguro que sabía algo más que muchos de los *notables*.

—Es cierto, respondió convicta y confesa la señora Fajardo.

—Ya estamos, continuó el diplomático consado de palabras sin sentido: ¡igualdad! ¡fraternidad! ¡libertad! frases infladas que nada quieren decir; bonita igualdad, si todos fuésemos, verbi-gracia, sombrereros. ¡Fraternidad! ¡yo no soy hermano de nadie! yo no reconozco en la sociedad más hermandad que la del dinero y de os negocios. ¡Libertad! ya lo hemos visto pácticamente? los demagogos en el poder y nosotros en la cárcel; no señor, la libertad es el cáncer del mundo: sobre todo, un pueblo como el nuestro, quiere que lo gobiernen y no gobernar, él no se reunirá nunca en las plazas á deliberar sobre los asuntos políticos. Quedaría bien si admitiese á un cochero en la discusión del régimen doméstico de mi familia.

—Las seis, y todavía no dan las nueve, dijo impaciente Doña Canuta.

—Esta niña se dilata más de lo natural, añadió el diplomático.

—Cenaremos antes de irnos, propuso la señora Fajardo.

—No dijo Don Modesto, puedo manchar el uniforme, y tú ese traje que has conservado intacto desde el año de 28.

—Entre paréntesis, dijo Doña Canuta, me parece que el capitán Hugues se dirige á nuestra hija.

—Sí, respondió el diplomático, pero ella no se dirige á él, lo

que me causa un vivo sentimiento. Tener un yerno francés, sería expeditar los negocillos que tengo pendientes. Esa muchacha se ha empeñado en amar á ese demonio de republicano; pero ya se irá olvidando con el tiempo, la ausencia es un específico.

—La veo triste y esto me desconsuela.

—Así estaba el gran rey Luis XIV, y se casó con la viuda del jorobado Scarrón. La historia es un libro abierto querida mía.

—Don Serafín ha entiviado, cuando yo le hacía en el candelero, dijo Doña Canuta. Ese majadero ha desperdiciado las oportunidades más brillantes, pero se ha desanimado al primer desaire; no obstante, lo veo en la intimidad de Luz y esto me dá cierta esperanza.

—Mi hija, añadió el diplomático, va á llamar la atención esta noche.

—Como que Don Alberto la ha obsequiado con unas camelias con rocío de brillantes, repitió la Fajardo.

—Ese hombre espera algo de mí; luego que está unido en buena posesión comienzan los obsequios.

—Luz ha obsequiado á Clara con un traje.

Bien hecho, mi hija es dueña de todo lo nuestro, ahí si quiebran todas mis reglas, yo le cobraré al erario estas condescendencias. Me tachan de egoísta, ¡mentira! yo no soy despilfarrado; con la familia gasto lo que se debe gastar; esta Luz es mi flaco, cuánto hace me cae en gracia, y tengo que vivir poco y.....

—¡Pobre hija mía! repitió Doña Canuta.

¡Que raros son los corazones que resisten al amor filial!

IV

Luz estaba en su tocador, con su amiga Clara, disponiéndose para el baile.

Las dos jóvenes estaban deslumbrantes.

Luz llevaba un traje de gró blanco con una enagua de gasa de chamberí del mismo color, adornado con tres ahuevados, los cuales, después de haber guarnecido el bordo inferior en todo el contorno de la enagua, subían en espiral hacia el corpiño.

Estas tres fajas abullonadas, estaban salpicadas de camelias con una gracia exquisita.

El corpiño escotado y guarnecido con una triple vuelta de blonda, dejaba resaltar la nieve de aquellos magníficos contornos.

Entre el oro de sus cabellos llevaba prendidas cuatro rosas, del centro al lado derecho.

Sobre su cuello daba sus reverberos una soguilla de brillantes.

Unos guantes blancos ajustaban aquellas manos de criatura, y unos botines microscópicos se dejaban ver por intervalos tras aquella nube de gasas y flores.

Dos tirabuzones acariciaban aquella espalda marmórea.

¡Luz estaba resplandeciente!

La tormenta de sus amores había languidecido su mirada y dado una sombra melancólica á aquellos ojos soberanos, como los de las Magdalenas de Correggio.

Clara podía rivalizar en belleza y esplendor con su amiga.

Llevaba un traje de gró blanco con listas anchas color de rosa.

La guarnición se componía de flores de cintas del mismo color con estrellitas de perlas en su centro, y entre una y otra flor, éstas subían hacia la derecha y se fijaban en un recogido que contenía unos pendientes blancos.

Llevaba un cinturón de cabos anchos, con iguales pendientes, cayendo al lado izquierdo.

Para darle más realce á su busto, donde se encontraban las líneas más correctas de las esculturas de Canova, llevaba una camiseta blanca, escotada y con plieguesitos de arriba á abajo, que resaltaba sobre una especie de vuelta con bucles de gró blanco y color de rosa.

Un bandó de gruesas perlas, caía como un arco arriba de su frente.

Unos aretes de brillantes solitarios arrojaban luces menos deslumbradoras que las de sus pupilas.

Clara estaba en toda la fuerza y esplendor de su juventud; aquella sonrisa mataba, aquel aliento era una exhalación de aromas, aquella mirada opacaba la luz del sol.

Las dos amigas se quedaron contemplando algunos momentos, se sonrieron al encontrarse tan hermosas y se dieron un beso.

—Las nueve, dijo Luz, ya hemos tardado mucho, y se encaminaron á la sala donde las esperaba impaciente el matrimonio Fajardo.

V.

Clara no pudo contener una sonrisa al aspecto de aquella pareja tan ridículamente aparejada.

—¡Lo dije! gritó el diplomático, yo voy á llevar las dos

perlas del baile, las dos ascuas de la fiesta! ¡Por el célebre Batham que están las dos como unas imágenes! vamos, Luz, ven á besarme para que me convenza de que eres mi hija.

Luz se acercó á su padre y lo besó tiernamente.

—Si me lo hubieran contado no lo hubiera creído!

—¿Cómo, caballero? esta niña es mi retrato

—No lo niego, pero mi hija me tiene orgulloso, yo debo vortarte para reina en la Junta de Notables. ¡Dios mío! si trascienden á gloria. Señorita Clara, no sabía que eras tan hermosa, los asuntos me divagan, yo me dedicaré á galantear á estas dos muchachas, entretanto marchemos, que el billete dice que á las nueve en punto debemos estar en el salón; hoy todos somos ingleses.

VI

A las nueve y media de la noche comenzaron á llegar los carruajes, que bajo la vigilancia de la guardia francesa, se colocaron á inmediación del gran Teatro Nacional donde tenía lugar esa noche el baile dado por la oficialidad del ejército expedicionario.

Serían necesarios (dice un escritor de aquella época) la lozanía y el fuego de los primeros años juveniles y una pluma como la de Nodier ó Bulwer, para describir cumplidamente el aspecto del local, gustoso y sorprendentemente adornado é iluminado, y el movimiento y animación del mar de gente que lo inundaba desde el vestíbulo hasta los últimos rincones, mostrando en sus olas, mezcladas y confundidas, la juventud, la elegancia, el lujo y cuanto de más bello encierra la sociedad mexicana.

El adorno de nuestro Gran Teatro Nacional, obra de Hidalgo, y uno de los edificios más suntuosos de América, comenzaba desde el vestíbulo iluminado con vasos de colores y en cuyo centro aparecía, entre los pabellones de México y de Francia, el águila imperial coronada de un sol resplandeciente formado con espadas.

El patio, cerrado con bóveda de cristales que medía entre el vestíbulo y la gran sala, parecía un bellissimo jardín.

En sus cuatro ángulos, y sobrepiezas de artillería de montaña, balas, bombas y otros objetos de guerra, se alzaban vistosas colinas de plantas y flores esquisitas.

Las columnas y cornisas estaban tapizadas da cortinas y banderas.

Pendían del techo varios candiles; el piso estaba alfombrado y los corredores convertidos, el de la derecha, en depósito de capas y sombreros de dabelleros, y el de la izquierda, en depósito de abrigo de las señoras y en tocador de las mismas,

hallándose en este último departamento, modistas y cuantos objetos puede necesitar el bello sexo.

Los corredores del piso alto, igualmente adornadas é iluminadas, llevaban un adorno de cortinas y tiestos, con plantas y flores exquisitas.

Ahí estaban colocadas las mesas de la cena, rica y abundantemente servida, y que ocupaban tres de los cuatro corredores de arriba, quedando este último para el tránsito de la concurrencia.

En los corredores circulares que dan entrada inmediatamente à la sala y al proscenio, había otras mesas provistas de dulces, licores y helados, continuamente servidos al bello sexo por una servidumbre numerosa.

VII.

El gran salón de baile estaba formado por el escenario y por el local de los espectadores, llamado patio, y cuyo piso fué levantado hasta nivelarse con el primero, como se acostumbra hacerlo en los bailes de máscaras.

La parte del escenario figuraba un bosque, en cuyo fondo había un dosel hecho con dos grandes pabellones francés y mexicano, delante del cual se alzaba tres trofeos de armas artística y curiosamente construidos, coronados de bujías, y que servían de candeleros los cañones de las pistolas y los puños de las bayonetas.

Este detalle de la parte ornamental era enteramente nuevo en México.

El escenario se hallaba convertido en un bosque de ramas y arbustos naturales, sin que faltara en sus bóvedas seculares al parecer, el heno que cuelga de nuestros sabinos de Chapultepec, coetáneos de los Netzahualcoyotl y Moctezuma.

La sala propiamente dicha, tenía un adorno correspondiente á su estructura.

Los palcos de último orden ostentaban una cortina roja que los abrazaba en toda su extensión, recogándose en los centros de cada uno.

Los penúltimos tenían guirnaldas y festones recogidos é igualmente, y el antepecho de los primeros ó superiores estaba cubierto de cortinaje de terciopelo carmesí con fleco de oro, sosteniendo las columnas haces de banderolas con los colores mexicanos y franceses y escudos ó trofeos de armas.

El palco de preferencia fué destinado al general Forey, y de los dos grandes inmediatos al escenario, el de la derecha fué ocupado por los miembros del Poder Ejecutivo de México, y el

de la izquierda por el célebre ministro de Francia, monsieur, de Saligny.

Además de la gran lucerna del teatro, pendían del techo y de los palcos tres órdenes de candiles, y la claridad extrema de esa parte de la sala hacía contraste con la obscuridad relativa del bosque.

Cubrían los frentes de las plateas grandes espejos que reproducían una y otra vez el local en sus lunas; y á lo largo del salón había dos órdenes de asientos, sin que faltaran éstos en palco alguno.

Tres bandas de música había dispuestas para la ejecución de las piezas: dos de ellas, del ejército francés, ocupaban varios palcos de los penúltimos, una frente á la otra; la tercera, mexicana, si no nos engañamos, permanecía detrás del fondo del bosque.

El aspecto de todo el teatro era magnífico, aún antes que lo animara la concurrencia.

VIII

Una guardia de zuavos ocupaba la escalinata del teatro.

En el vestíbulo dos granaderos de á caballo estaban apostados, arrogantes, inmóviles, como dos estatuas.

Al penetrar en los corredores la gente, haría entrega, de sus esquelas de convite á una comisión; los sombreros y abrigos eran dejados en los saloncitos de que ya hemos hecho mención, y caballeros y señoras se dirigían á la gran sala, que á las diez y media estaba enteramente llena.

A esa hora el toque de una marcha militar anunció la llegada del general Forey, quien seguido de su Estado Mayor recorrió desde luego el salón, saludando cortesmente á las señoras.

Dos oficiales de la comitiva se detuvieron frente á dos jóvenes que llamaban la atención por su lujo y hermosura.

—Señorita, dijo uno de ellos, eso es abusar del derecho de ser encantadora, esto es herir sin compasión.

—El comandante, dijo Clara á su compañera, viene muy galante esta noche.

—Yo soy de la misma opinión, respondió Luz con una sonrisa capaz de resucitar á un muerto.

—Los crepúsculos, continuó el comandante, el ángel de la mañana y el de la tarde, los dos extremos son encantadores.

—Señor Demuriez, dijo Luz, viene usted del país de la belleza.

—Señorita, estoy en el paraíso, y las mujeres nunca pueden entrar en comparación con las nubes ni las apariciones.

—El capitán Hugues no es de la misma opinión, dijo Clara, véalo usted cómo permanece mudo.

—De admiración, respondió el capitán, esto paraliza mi lengua y mi imaginación, estoy verdaderamente fascinado, hay algo superior á mi ser que me influencia en estos momentos.

—Pues ustedes, dijo Clara, dando rienda á su hilaridad, van á estar muy molestos esta noche; figúrate, amiga mía, unos sonámbulos.

—Propiamente, respondió Demuriez, y tomó asiento junto á Clara.

—El capitán permaneció de pie y entabló conversación sobre el adorno del teatro; no se atrevía á aventurar una sola galantería á aquella mujer que verdaderamente lo fascinaba.

IX.

A veinte metros sobre el piso, es decir, á la altura de los palcos terceros, se encontraba el maldiciente joven de los bigotes retorcidos, acompañado de su inseparable amigo Luis, uno de los jóvenes más cargantes cuando se proponía burlarse de algún desgraciado.

Un curioso podría haber descubierto dos fisonomías burlescas y sarcásticas, recorriendo con ojos de basilisco á aquella muchedumbre donde se encontraban tipos curiosísimos.

—¿De dónde habrá salido tanta gente desconocida? preguntó Enrique á su amigo.

—Del infierno, respondió Luis, la mayor parte de esos señores no están empadronados, ¿no observas que todos traen frac nuevos, seña mortal de que no los tenían?

—Buena conquista ha hecho la aristocracia, sobre todo, aquella señora á quien un francés acaba de despintarle el extremo de la nariz.

—Sí, ya la veo, se le ha tornado en rubicunda: estas metamorfosis son muy comunes.

—Mira, exclamó Luis, allí está un Don Simplicio, seguramente van á dar esta noche la Pata de Cabra.

—Ya, ya le veo, ¡qué casaca! parece macero del ilustre ayuntamiento, lleva tan alta la peluca, que si tiendo el brazo le arranco la peineta.

—El talle le ataca apoplejía.

—Los bordados son de la decadencia.

—El espadín parece jeringa.

—¿Por qué se habrá peinado aquel sujeto de la cabeza de Medusa?

—¡Calla! que es el redactor de la *Estafeta*.

—Qué genuflecciones hace el viejo zorro de la expedición! ese general se parece á mi peluquero.

—Da lo mismo, todos son franceses, toda es emisión europea

—¿Y para qué traen acicates los oficiales?

—Se prepara una contradanza de caballería.

—Y todos vienen armados.

—Puede ofrecerse otro *cinco de Mayo*.

—Ya anuncia la música un *rigodón*.

—Es la *cuadrilla de honor*, veamos las parejas.

X.

El baile comenzaba por la cuadrilla de honor, que se formó en el centro de la sala.

El general Forey y siete personas más, cuyas edades, entrando en esa suma rigurosa arrojarían los años de la era cristiana, y cuyas figuras darían asusto al lápiz de Granville y de Escalante, se lanzaron con desesperada parsimonia á las figuras del rigodón.

En cuanto á las señoras que les servían de pareja, no diremos una palabra; á fuer de galantes respetamos á las damas.

Aquello era un espectáculo de los más graciosos.

Personas que jamás asistieron á un baile, zarandeándose como unos pollos en presencia de la sociedad entera: ¡qué piruetas! ¡qué caravanas! ¡qué equivocaciones! ¡y qué ridículo!

—¡Dios poderoso! esa cuadrilla de momias espantosa, dijo Enrique á su amigo Luis; aquel personaje no puede con sus *cuellos* proverbiales, y se pretente que baile.

—Ese grupo representa la idea, es la intervención que danza, amigo mío.

—Aquel general pequeño y enjuto es el mozalvete de la cuadrilla.

Un aplauso unánime resonó en toda la sala.

—Gracias á Dios que ha terminado esa abominación, dijo Enrique, temía que se desquebrajasen los bailarines.

—Con razón vienen embalsamados, repuso Luis.

—Han venido al teatro bajo su palabra de honor, tempranito los recoge el sepulturero.

—No, hombre, si estos se conservan en frascos de aguardiente.

- ¡Canario! ¡qué turba se levanta al son del wals.
 —¡Que remolino! ¡qué batahola! que me ahorquen si esos franceses dejan un traje en buen estado.
 —¡Han tocado á zafarrancho!

XI.

Era tan crecido el número de las parejas, que no hubo *intermedios*, y mientras terminaba una pieza, eran conducidas á su asiento las señoras que acababan de bailar, otras se levantaban á ejecutar la siguiente, preludiada desde luego por alguna de las bandas de música.

A las doce danzaban más de trescientas parejas, y aun había sentadas no pocas señoras, aunque todas mayores de edad.

Cuando la sala se despejó á causa de que la concurrencia comenzó á acudir á la mesa, bajaron de los palcos las señoras que habían permanecido en ellos desde el principio, y la tertulia ofreció un nuevo aspecto.

Las señoras iban vestidas con sencillez lujosa, aunque algunas llevaban alhajas valiosísimas.

La elegancia reinaba en casi todos los trajes y tocados, y los colores dominantes eran el blanco, el pajizo, el azul y rosa claros.

—Eres un hombre insufrible, dijo Doña Canuta á su esposo, no me has traído aún un compañero para una pieza, cuando sabes la predilección que tengo por el baile.

—Querida mía, la diplomacia no puede ocuparse de esas frioleras, altos negocios se discuten y preparan esta noche.

—Llévame á la mesa, recuerda que no he tomado nada desde esta tarde; tengo el estómago en un hilo.

El diplomático cargó con su adorada mitad y llegaron al convite gastronómico con el hambre de unos náufragos.

Ya hemos dicho que Luz había rehusado bailar, el capitán Hugues no se había separado en toda la noche de su lado, lo que la tenía sumamente fastidiada.

Don Serafín la había buscado por todo el salón pero en vano.

Una casualidad hizo que pasase cerca de Luz, ésta aprovechando la oportunidad de alejarse del capitán, le habló al pasar.

—Señorita, dijo satisfecho Don Serafín, he recorrido cien veces la sala, soy un torpe, no merezco perdón, pero estoy indemnizado porque al fin la encuentro á usted.

—Déme usted el brazo, estoy cansada.

—Con mucho gusto, dijo Don Serafín, y se echó á andar

hasta llegar al bosque formado en el proscenio, donde Clara platicaba acaloradamente con Demuriez.

—Me tienen hastiada estos franceses, dijo Luz.

Clara se desprendió de su compañero, y tomando el brazo á Don Serafín se reunió con su amiga.

—Te veo muy entusiasmada esta noche.

—No, querida, estos oficiales disputan por nada, tenemos que habérnoslas muy tiesas con ellos.

—¡Hay! dijo Luz, compadecedme, el señor Hugues me ha dado una broma de tres horas con su silencio. El quiere que yo adivine su amor y yo empeñada en ignorarlo aunque me lo declare.

—El señor Demuriez me exajera el suyo.

—Recíbelo como una entrega del *Mundo Ilustrado*.

—Son ustedes terribles, exclamó Don Serafín, yo me congratulo de tenerlas por amigas, y no obstante, tiemblo como un azogado.

—Es usted asustadizo, dijo Clara resplandeciente de satisfacción y de hermosura.

—Les diré á ustedes que yo prefiero la derrota si viene de personas tan hechiceras.

—Caballero, exclamó Luz, no ensarte usted galanterías, ya nos está oyendo lamentar de esa plaga.

—Se quejaba usted antes del silencio profundo del capitán Hugues, y por eso me apresuraba á entrar en ese terreno.

—Yo no quería precisamente que me enamorasen, hay tantas conversaciones.....

—Usted perdone, no soy de la misma opinión, con ustedes no puede hablarse mas que de amores.

—Usted tiene, dijo Clara, ese sistema y nosotros lo respetamos; pero ya tanto amor nos tiene fastidiadas.

—Insisto en que Luz ha extrañado el proceder del capitán por ese motivo, de mí no tendrá igual queja ninguna muchacha, y mucho menos si es tan hermosa como las que llevo á mi lado.

—Es reincidente, exclamó Luz.

—Entre paréntesis, el capitán sigue á usted como la sombra del Comendador.

Las dos jóvenes volvieron involuntariamente la cara hacia el capitán, que sorprendió lo irónico de su risa.

—¿No toman ustedes algo? preguntó Don Serafín.

—Tomaremos un helado, respondió Clara, y los tres se dirigieron á la mesa de refresco.

XII.

El capitán Hugues palideció terriblemente y se propuso hablar á Don Serafín dos palabras al oído.

El salón de refresco estaba concurridísimo, había señoras que brindaban y hombres muy exaltados por el arreglo intervencionista.

El periodista Melusa decía á su co-redactor con aire de triunfo:

—Aun cuando fuesen diez mil, el resultado del escrutinio sería unánime, la monarquía será proclamada.

—Ni un solo sentimiento de pesar, decía el señor Fajardo, podemos consagrar á esa república que desaparece. Eróstrato que mandó quemar el templo de Efeso.....nó, eso no viene al caso, decía que ha llegado el caso de decir lo que Reims á Sicambro, "dobla la cerviz, adora lo que has quemado y quema lo que has adorado." Sí señores, nosotros podemos oír sin anegarnos en llanto, cuantas tragedias escriba Guillermo Prieto en sus peregrinaciones, sobre el fin de la república juarista.

—Pero tenemos, añadía, una cuestión, ¿será el rey extranjero ó mexicano?—Al morir Cambises, las siete grandes dinastías de Persia, convinieron en salir á caballo un día y á una misma hora, y aquel cuya bestia relinchara primero, sería proclamado rey.

—Este señor relincha demasiado, dijo un joven, y todo el corrillo se disolvió á pesar de la elocuencia del diplomático.

—Guardaré para mañana, dijo para sí, mis citas históricas, y apuró una copa de vino.

—Volvamos al salón, esposa mía, dijo á Doña Canuta, y tornaron á la sala algo abandonada por la concurrencia que se retiraba.

XIII.

Forey había dejado el baile á la una y media, y el señor de Saligny hablaba ya con mucha dificultad al redactor de la *Estafeta*, que emprendía su ataque á la tercera botella de coñac.

Damuriez cargaba terriblemente á Clara, que se contenía ante el orgullo femenino; pero que ya falta de aliento, buscó á una amiga como un puerto de salvación.

—Vámonos, le dijo, estoy rendida.

—Esperaremos un momento, respondió la señora Fajardo, tengo dada esta contradanza á un caballero que me la pidió para un amigo.

La música anunció la contradanza.

El amigo á que se refería Doña Canuta, se presentó seguido del alférez Poleón, que venía de punta en blanco, es decir, con sable y sus acicates de Cazador de Africa.

—Le presento á usted al alférez Poleón.

—Es esta señora, dijo el cazador, la pareja que me teneis destinada?

—La misma, respondió Doña Canuta que se había propuesto bailar á todo trance.

—Bien, dijo Poleón, bailemos, y le presentó el brazo á la señora Fajardo, que se quedó al nivel del puño del sable.

Tomóla el alférez por la cintura, y levantándola por el aire, giró con ella como un desesperado.

—Me vengo de esta bruja, decía en su interior el alférez.

Doña Canuta estaba medio muerta.

En uno de aquellos giros gimnásticos, atoróse el acicate del alférez en el traje y lo desgarró completamente.

—Ese hombre va á descuartizar á mi esposa, exclamaba el diplomático.

Poleón seguía en el vértigo de su *Wals*.

En una de las ascensiones aereostáticas que efectuaba Doña Canuta en los brazos del militar, acertó á introducir la punta de su larga y prominente nariz en un ojo del alférez.

—¡Me ha chafado! gritó Poleón, y plantó en medio de la sala á la infeliz señora, dejándola abandonada y atarantada como si hubiera caído de la luna.

Un aplauso salió de uno de los palcos terceros y resonaron dos ¡bravos! que llamaron la atención de la concurrencia.

Enrique y Luis reían á carcajadas.

Clara y la infeliz hija de los Fajardos se cubrían con los abanicos.

—Vámonos, dijo Don Modesto, he estado á punto de enviudar.

XIV.

Don Serafín acompañó hasta el carruaje á la familia, y cuando iba á entrar en el suyo, sintió un golpe de una mano sobre su espalda.

—Perdone usted, caballero, dijo un capitán de Estado Mayor, que no era sino Enrique Hugues, el apasionado amante de Luz.

¡Estoy á las órdenes de usted.

—Cuando un hombre pone á otro en ridículo, dijo el capitán, está expuesto á ser llamado á un lance de honor.

—Precisamente, dijo Don Serafin, ¿y bien?

—Ahorremos palabras, caballero, usted me ha insultado y me debe una satisfacción.

Don Serafin, á pesar de ser un *dandy* almibarado, era hombre de honor; en su vida de vagancia había aprendido á tirar el florete, antes de ocuparse de la gramática, y era reputado gran tirador de la esgrima entre el mundo de los elegantes.

—No tengo, dijo, una persona que me acompañe; pero si usted tiene dos amigos, uno me servirá de padrino.

—Presentes dijeron á una voz el comandante Demuriez y el alférez Poleón, á quien le lloraba aún el ojo donde la señora Fajardo había impreso su desmesurada facción.

—Mi coche está cerca, señores, dijo Don Serafin, y después de haber entrado con los tres oficiales, gritó al cochero: Ignacio á la glorieta de La Piedad!

XV

Como en estos lances se hace gala de serenidad, se entabló conversación sobre los accidentes del baile, hubo chistes y bromas de buen gusto.

La mañana comenzaba á clarear, cuando los cuatro caballeros se apeaban del carruaje.

—Ajusten ustedes las condiciones, dijo Don Serafin, y se apartó á conversar con el capitán de cosas indiferentes.

Después de cinco minutos, el comandante dijo:

—Se trata de un negocio de poco momento, se batirán á primera sangre.

—Caballero, dijo Poleón, elija usted espada, y le presenté la del comandante y del capitán que eran absolutamente iguales.

Don Serafin eligió al acaso.

Despojáronse de sus casacas los contendientes, las espadas se cruzaron y comenzó el duelo.

El capitán era muy ágil; no obstante, el alférez que era conoedor, dió una mirada de inteligencia á Demuriez.

Efectivamente, Don Serafin era un tirador de primera fuerza.

El combate se hizo terrible.

El capitán se desmoralizó un tanto al encontrarse con un adversario que no imaginaba.

Don Serafin desvió con violencia el acero de su enemigo, y dejándose ir á fondo atravesó de parte á parte al desgraciado Hugues, que dando un ronquido sordo y terrible, se derrumbó, no solo en el suelo, sino en la tumba.

—¡Bien muerto! dijo Poleón sacudiendo el cuerpo del capitán, y saludó cortesmente á Don Serafin.

—¡Bien muerto! repitió Demuriez, tocándose el kepí.

Don Serafin desapareció todo confuso, dejando á disposición de los padrinos el carruaje para conducir el cadáver del capitán.

CAPITULO UNDECIMO.

LA MONARQUÍA.

I.

El día 8 de Julio del año del Señor de 1863, se instaló solemnemente la Junta de Nobles que debía expresar su voto respecto á la forma de gobierno definitivo del país.

Los hombres que concurren á esa célebre asamblea, se han sepultado en la noche del olvido ó en el fatalismo de la desgracia.

La junta de Nobles fué propuesta por Salingy, ministro de Napoléon III, al comandante en jefe de la expedición, y á sus auspicios se instaló y determinó la muerte de la República.

Se ordenó que las sesiones fuesen secretas, cuando se estaba bien seguro de que no habría un solo individuo que se opusiera á los mandatos del César francés.

Una voz sola se levantó como una protesta en el seno de la Asamblea.

En esas violaciones del derecho, nunca falta una protesta, y es que los rayos de la justicia trasponen las tinieblas más densas.

Los *notables* soñaban con el apoyo de la Europa, creían que el ejército de Napoleón no abandonaría jamás al territorio mexicano.

Todos se felicitaban por el triunfo intervencionista, los clérigos se daban abrazos, los generales se estrechaban las manos, y aquellos hombres que, hundidos en la oscuridad se les despertaba al mundo de la política, haciéndoles compare-